La importancia de invertir en nuestra educación para acceder al mundo del trabajo y a un mundo mejor

LEONARDO GARNIER

En una publicación reciente del Banco Mundial, adecuadamente titulada *"La Calidad del Crecimiento"* se afirma que no sólo la cantidad, sino la calidad de los factores que contribuyen al crecimiento requiere una atención fundamental si queremos reducir la pobreza y que todos obtengan una mejor calidad de vida. Se argumenta en dicho estudio que ***para lograr que la gente tenga mejores ingresos y una mejor calidad de vida no sólo necesita una política económica sensata e instituciones que promuevan el crecimiento, sino mejores y más equitativas oportunidades en educación y trabajos***, mejor salud y nutrición, un ambiente natural más limpio y sostenible, un sistema legal y judicial imparcial, mayores libertades civiles y políticas, instituciones confiables y transparentes, y libertad para acceder a una vida cultural rica y diversa. Y esto es importante no sólo por razones económicas, sino éticas: "el acceso equitativo a los servicios de educación y salud está entre los derechos humanos básicos a los que todo el mundo tiene derecho".

Ya a mediados de los noventa la CEPAL había identificado la importancia que podía tener la inversión social y, en particular, la inversión en educación, para enfrentar los problemas de pobreza que aquejan a la región. A partir del estudio de los asalariados que se encuentran entre los 35 y los 54 años de edad se observaba que ***eran necesarios diez o más años de educación para contar con posibilidades aceptables de acceder al bienestar y alcanzar importante inmunidad frente al riesgo de la pobreza***. Esto implica que, para los niños y jóvenes que hoy se encuentran en la etapa educativa, mantener buenas posibilidades de acceder al bienestar futuro implica, como mínimo, la necesidad de completar el ciclo secundario.

La importancia de que los jóvenes de hoy puedan alcanzar mayores niveles de educación para acceder a niveles de ingreso futuro que les permita mantener a sus familias fuera de la pobreza se aprecia mejor al analizar la rentabilidad de esa inversión educativa en término de esos ingresos futuros. De acuerdo con la CEPAL, en América Latina, el costo de proporcionar tres años adicionales de educación primaria o secundaria a un estudiante equivale, en promedio, al costo de adquirir un préstamo cuyo repago en diez años implica una erogación que oscila entre 3 y 19 dólares mensuales. De acuerdo con este estudio, para los asalariados urbanos de la región de entre 35 y 54 años de edad, tres años más de educación primaria representan entre 24 y 72 dólares adicionales en su ingreso mensual; tres años más de educación secundaria representan entre 42 y 132 dólares más por mes. Esto significa que los ingresos adicionales generados por esos tres años adicionales de educación primaria o secundaria son entre seis y ocho veces más altos que los costos correspondientes. Al analizar la rentabilidad de obtener una educación media completa, los resultados son aún más impactantes. De acuerdo con el estudio, en comparación con los adultos que sólo tienen 9 años de educación, aquellos que tienen secundaria completa reciben salarios que son entre 78 y 132 dólares más altos, monto que es casi diez veces el monto de las mensualidades que habrían sido necesarias para repagar en diez años el costo de la inversión educacional correspondiente.

Pero no sólo es importante que la educación sea suficiente, también es importante que sea oportuna. Una vez que se deja pasar la oportunidad de educar a la población en las edades idóneas, el costo de recuperar ese rezago mediante programas educativos compensatorios es mucho más alto de lo que habría costado evitar el rezago. El estudio de la CEPAL muestra cómo los programas compensatorios de educación para adultos tienen costos que van desde 1.5 hasta 5 veces los correspondientes a cuatro años de educación secundaria.

La irracionalidad económica de no asumir el costo presente de estas inversiones educativas se aprecia también al analizar el impacto del trabajo infantil en el acceso a las oportunidades educativas, y el costo económico de este impacto. Se estima que, entre los 13 y los 17 años de edad, los niños y jóvenes que trabajan en los países de América Latina tienen 1 a 2 años menos de educación que los que no trabajan, mientras que entre las niñas y adolescentes estas diferencias se ubican entre 0.5 y 1.5 años de estudio. Estos muchachos y muchachas terminarán acumulando un déficit

educacional superior a 2 años de estudio con respecto a aquellos jóvenes que, como corresponde, se incorporan al mundo laboral entre los 18 y los 24 años. Esos dos años menos de educación resultarán, en promedio, en un 20% menos de ingresos mensuales durante la vida activa. Lo absurdo de esta situación no puede ser más evidente: ***la pérdida de ingresos que esto representará durante la etapa adulta para los niños y adolescentes que se incorporan tempranamente al trabajo equivalen a entre cuatro y seis veces los ingresos que habrían dejado de percibir si, en lugar de trabajar, se hubieran dedicado en forma exclusiva a adquirir dos años adicionales de educación***.

Pero el bienestar social no sólo depende del nivel 'promedio' de la educación, sino de cómo se distribuyan las oportunidades educativas entre la población. De acuerdo con un estudio reciente, los autores afirman que no sólo es importante que aumente la educación promedio, sino que es vital que mejore la equidad de la inversión educativa ya que los resultados muestran que la dispersión o inequidad educativa tiene un impacto negativo en el ingreso per cápita, y que cuanto mayor sea la dispersión educativa, mayor será ese efecto negativo. En otras palabras, cuando algunos miembros de la sociedad no tienen acceso a una buena educación, todos perdemos. Además, esta investigación establece que hay una importante retroalimentación entre la cantidad y la distribución de la educación: países con mayor logro educativo tienen mayor probabilidad de mostrar una mejor equidad educativa, y viceversa. Lamentablemente, aunque las desigualdades en el logro educativo se han venido reduciendo a lo largo de esas tres décadas para la mayoría de los países estudiados por estos autores, son casi siempre los países Iberoamericanos de la muestra los que han empeorado en términos de estas disparidades, como se muestra en los casos de Colombia, Perú, Venezuela y Costa Rica.

Estos resultados sobre la importancia de la educación no sólo se aprecian en los países latinoamericanos. Conclusiones similares se han obtenido para el caso de los países más avanzados de la OECD en los que, de acuerdo con los estudios más recientes, el retorno privado de un año extra de educación está típicamente entre 5% y 15%, de manera que, según los autores de estos estudios "la evidencia de que los ingresos del trabajo están positivamente asociados con la educación es robusta e incontrovertible"[1]. Cabe destacar que, para el caso particular de los países de la OCDE, las investigaciones existentes han logrado establecer que existen importantes ganancias para aquellos trabajadores que tienen un nivel de educación superior al básico, lo que en estos países significa tener algo más que educación secundaria. ***Aquellos trabajadores que tienen menos que la secundaria completa, tienden a ganar entre 10% y 40% menos que los que completaron la secundaria. Sin embargo, la educación universitaria agrega una ventaja significativa:*** la brecha de ingresos entre los que tienen educación terciaria y los que se quedaron con sólo educación secundaria es mayor que la brecha existente entre los que tienen o no educación secundaria.

Y así como es cierto en Europa, es cierto, también, en África. Una investigación detallada realizada en Ghana encontró evidencia sólida de que la educación se correlaciona positivamente con la productividad en el sector industrial, ***y que las empresas le pagan a los trabajadores de acuerdo con su nivel de productividad. Además, encuentra evidencia de que "los trabajadores con educación terciaria son más productivos que aquellos con educación secundaria; los trabajadores con educación secundaria son más productivos que aquellos con educación primaria; y los trabajadores con educación primaria*** son más productivos que aquellos que no tienen educación formal. Más aún, encontramos evidencia de que estos diferenciales de productividad corresponden directamente a los diferenciales de ingreso de los trabajadores"

Este último resultado es importante porque a veces se tiende a creer que si bien la educación es importante para la productividad y el bienestar de los países en desarrollo, esto sólo es cierto para la educación básica y no tanto para niveles más sofisticados de educación que, supuestamente, presentarían menores tasas de retorno y, por tanto, serían menos importantes e incluso, representarían un 'desperdicio' de los escasos recursos de estos países. Las investigaciones, sin embargo, sugieren lo contrario: la educación técnica y superior parece ser cada día más importante tanto para los individuos como para la sociedad. De hecho, de acuerdo con el Reporte de la Competitividad Global, es claro que la educación básica, aunque esencial, está lejos de ser *suficiente* para la construcción de un entorno adecuado para la competitividad y la productividad creciente. Esa ducación básica tiene que verse complementada, por un lado, por niveles sofisticados de educación superior y, por otro, por el uso sistemático y creciente de tecnología.

Finalmente, si por un lado reconocemos la importancia de que la educación básica continúe luego con una buena educación técnica, formación profesional o universitaria, es igualmente importante entender que, el éxito o el fracaso de este proceso educativo, se define en los primeros años de vida y en las oportunidades de educación y desarrollo temprano que se tengan. Diversos estudios demuestran que las inversiones que promueven el desarrollo temprano de los niños no sólo tienen un impacto positivo sobre esos niños y sobre la sociedad, sino que, incluso, pueden generar ahorros al mejorar la eficacia de los sistemas educativos, al reducir las tasas de deserción y repitencia escolar; y al reducir la incidencia de la delincuencia juvenil, el abuso de las drogas y el alcohol, y otras formas de conducta social dañina".

Es claro, como muestra la experiencia de los países Latinoamericanos, que los efectos negativos de la pobreza en el desarrollo infantil son altos. Los niños sufren las privaciones de la pobreza con mayor amplitud y mayor intensidad, y con efectos irreversibles sobre su desarrollo. Los niños pobres están expuestos con mayor frecuencia a una compleja combinación de factores de riesgo: enfermedad, desnutrición, stress familiar, poca y mala educación, inadecuados servicios sociales, un ambiente peligroso y de alta vulnerabilidad y un entorno social poco estimulante y amenazante. Pero los efectos no son sólo sobre los niños. Desde el punto de vista de la sociedad, los costos pueden medirse en términos de pérdida de vidas o de una pesada carga de enfermedades, en términos de deserción y repitencia escolar, en términos de desempleo y empleo de baja productividad, en términos de delincuencia y otras conductas anti-sociales, y en términos de la reproducción intergeneracional de la pobreza y una débil cohesión social.

Esto llevó a que, por mucho tiempo, se pusiera el énfasis en el análisis de las deficiencias en el desarrollo infantil que resultan de la pobreza. Sin embargo, investigaciones más recientes han encontrado que, aún en el contexto de la pobreza, los niños tienen oportunidades para su desarrollo, lo que llevó a descubrir que, además de los elementos analizados, el *sentido de identidad* resulta determinante para que los niños puedan superar con éxito la vida en ese entorno de privaciones. Las investigaciones sugieren que niños con un sentimiento positivo y fuerte de auto-estima, manejo y control, puede atravesar con mayor facilidad situaciones difíciles. Estos niños, a su vez, incitan experiencias más positivas de su ambiente, que los estimulan y los apoyan más que a aquellos que no lograron desarrollar su autoestima, su sentido de identidad. A partir de estos y otros estudios, se hace evidente la importancia de los programas integrales combinen elementos nutricionales y elementos médicos con los elementos de desarrollo infantil que estimulan las habilidades intelectuales y sociales de los niños pequeños, su creatividad y su iniciativa.

Todas las evidencias apuntan en la misma dirección, desde los estudios econométricos más sofisticados hasta el básico sentido común tienden a confirmar que los recursos que no se dediquen hoy para satisfacer las necesidades de educación de nuestras niñas, niños y jóvenes, son recursos que le estamos restando a la construcción de la sociedad que queremos ser mañana. No realizar esas inversiones que vendrían a revertir este círculo vicioso de la pobreza es inaceptable desde el punto de vista ético, peligroso desde el punto de vista político y absurdo desde el punto de vista de la eficiencia económica.

Agradecimiento por la elaboración de este artículo:

✓ Lic. Leonardo Garnier, Profesor, Escuelas de Economía de la Universidad de Costa Rica y de la Universidad Nacional. Consultor de diversos organismos internacionales, como UNICEF, PNUD, BID, CEPA. Fue Ministro de Planificación Nacional y Política Económica de 1994 a 1998. Dirección electrónica garnier@amnet.co.cr

✓ Omitimos las referencias bibliográficas por el espacio disponible.